



### III

#### La desgracia de los Rivals.

Estaban en el gabinete del doctor. Por la ventana descubriase un hermoso paisaje de otoño, carreteras de aldea bordeadas de árboles deshojados y más lejos, viejo y cerrado

desde hacía quince años, el antiguo cementerio del país, con sus madre selvas perdidas entre las hierbas, sus cruces inclinadas por esos movimientos de tierra de sepultura, más atormentada y más activa que la otra.

—¿No has entrado nunca allí?, dijo el Sr. Rivals, enseñándole á Jack, desde lejos, el cementerio. Pues hubieras visto en medio de las zarzas una gran piedra blanca, sobre la que sólo hay escrito una palabra: “Mag-



dalena." Es mi hija, es la madre de Cecilia, la que está enterrada ahí. Ha querido que la pusieran aparte y que sólo se escribiese su nombre sobre su tumba, pretextando que no era digna de llevar el nombre de su padre y de su madre. . . . ¡Querida hija! ¡Ella, tan honrada, tan valiente! . . . Y nada pudo hacerle renunciar á su decisión. ¡Ya te figuras qué dolor para nosotros el de decirnos que, después de haberla perdido tan joven, á los veinte años, teníamos que dejarla dormir solitaria! Pero preciso es que se cumpla la voluntad de los muertos. Esa es la razón de por qué sobreviven y cuentan entre nosotros; y he aquí por qué está sola nuestra hija, según su deseo. No hizo nada, sin embargo, para merecer ese destierro en la muerte; y si alguien hubiese de ser castigado, más bien debía de ser yo, viejo loco, causa, por mi descuido, de la desgracia que nos aflige.

Un día, hace de esto dieciocho años, y justamente en este mes de Noviembre en que estamos, vinieron á buscarme para un accidente acaecido en una de esas grandes cazas que han lugar tres ó cuatro veces al año, en el bosque de Senart. Durante el tumulto del ojeo, uno de los cazadores recibió en la pierna toda la descarga de una Lefauchaux. Hallé al herido en la cama de matrimonio de los Archambault; era un buen mozo de unos treinta años, robusto y rubio, con la cabeza fuerte, poblado entrecejo, y ojos muy claros; esos ojos de los países del Norte que parecen animarse con la blancura de los hielos. Sufrió admirablemente la extracción que tuve que hacerle de todos los perdigones, plomo por plomo, y una vez terminada la operación, dióme las gracias en un francés muy correcto, con acento extranjero, musical y dulce. Como no podía ser

transportado sin peligro, continúe yendo á cuidarle en casa del guarda. Supe que era ruso y de una gran familia; "el conde Nadine," nombre que le daban sus compañeros de caza.

Aunque era peligrosa la herida, hallóse pronto Nadine fuera de peligro, merced á su juventud y á su vigor, merced también á los cuidados de la buena de Archambault; pero no podía andar mucho, y como se me figuraba que sufriría por su aislamiento, siendo muy duro para un joven acostumbrado al lujo y á la gran vida esa convalecencia en invierno, en medio del bosque, con ramas secas y hojas por todo horizonte, y como compañía la pipa silenciosa de Archambault, vine con frecuencia á buscarle en mi coche, al volver de mis visitas.

Comía con nosotros. Y es más, cuando el tiempo estaba demasiado malo, dormía en casa.

Tengo que confesarlo: yo adoraba á aquel bandido. Ignoro de dónde sacaba lo que sabía, pero estaba enterado de todo. Había navegado, servido, dado la vuelta al mundo; conocía la guerra y la marina. A mi mujer, dábale recetas farmacéuticas de su país; á mi hija le enseñaba canciones de la Ucrania.

Estábamos positivamente dominados por él, yo sobre todo, y cuando por la noche volvía, azotado por el viento y la lluvia, traqueteado en mi cochecillo, pensaba con alegría que iba á hallarle junto á mi chimenea asociándole en mi espíritu al grupo delicioso que me esperaba, en medio de la noche negra, al final de mi camino. Algo se resistía mi mujer al entusiasmo general; pero como era una costumbre de su carácter la



desconfianza que adoptaba ella para servir de contrapeso á mi credulidad, no me preocupaba.

Pero ya principiaba á estar del todo bueno nuestro enfermo; muy bien hubiera podido acabar de pasar el invierno en París, pero no se iba. El país éste parecía convenirle, retenerle. ¿Por qué lazos? No pensaba en preguntárselo.

Pero un día me dijo mi mujer:

—¡Escucha, Rivals! Tiene que explicarse el señor Nadine, ó no venir á casa con tanta frecuencia; principian á hablar de Magdalena.

—¡Magdalena!... ¡Qué cosas tienes!

Tenia yo la cándida convicción de que por mí se quedaba el conde en Etiolles, por la partida de ajedrez que jugábamos todas las noches, por nuestras largas charlas marítimas mientras apurábamos "grogs." ¡Imbécil! Hubiérame bastado mirar á mi hija en cuanto él entraba, vería cambiar de color, aplicarse á su bordado, permanecer muda mientras él estaba allí, asomarse á la ventana para acechar su llegada. Pero no hay peores ojos que los que no quieren ver, y yo quería continuar estando ciego. Sin embargo, preciso fué rendirse á la evidencia, pues confesóle Magdalena á su madre que se amaban.

Fuí inmediatamente á ver al conde, bien resuelto á obligarle á explicarse.

Explicóse, en efecto, y con mucha soltura y una franqueza que me conmovió. Quería á mi hija y me la pedía, sin ocultarme todos los obstáculos que su familia, indigestada de nobleza, había de oponer á nuestros proyectos. Añadía que estaba en edad de pasar sin consentimiento, y que, además, su fortuna personal, unida á

lo que le diera yo á Magdalena, bastaría anchamente para los gastos de una casa.

Una gran desproporción de fortuna me habría asustado, y lo que me decía de la medianía de sus recursos, me sedujo en seguida. Y luego ese aire de señor bonachón, esa facilidad de arreglar los negocios, diciéndolo todo, firmándolo todo con los ojos cerrados... En una palabra: estaba instalado en casa como futuro yerno nuestro, y aún nos preguntábamos por qué puerta había entrado. No se me ocultaba que había en todo eso algo de impremeditado, de irregular; pero me aturdió la felicidad de mi hija, y cuando su madre me decía: "Hay que tomar informes no podemos dar así nuestra hija al primero que se presenta," burlábame yo de ella y de sus perpetuos temores. ¡Estaba yo tan seguro de mi hombre! Un día, sin embargo, le hablé de él al señor de Vieville, uno de los principales accionistas de aquel término de caza.

—La verdad, querido Rivals, me dijo, yo no conozco al conde de Nadine. Me ha parecido un buen muchacho. Sé que lleva el nombre de una gran familia, que está muy bien educado. Sobra esto para correr juntos unas cuantas liebres. Ahora, claro está, que si fuera á darle la mano de mi hija, ahondaría algo más en los informes. Yo, en lugar de usted, me dirigiría á la embajada rusa. Allí debèn tener todos los antecedentes que usted desee.

Sin duda crearás tú, mi buen Jack, que después de eso me apresuré á ir á la embajada. ¡Pues no! Siempre fuí demasiado descuidado. En la vida, nunca he hecho lo que quería hacer, por falta de tiempo. No sé si lo desperdicio, pero mi existencia, cualquiera que sea la



edad en que muera, habrá carecido de la mitad del tiempo que necesitaba para hacer cuanto hubiera deseado. Atormentado por mi mujer sobre aquellos desdichados informes, acabé por mentir: "Sí, sí, ya fui. . . . Excelentes informes. . . . Inmejorables, esos condes de Nadine."

Desde entonces he recordado varias veces el aspecto singular de aquel pillo, cada vez que suponía que me iba yo á París ó que de allí volvía; pero entonces no veía yo nada; estaba de lleno en aquellos hermosos proyectos de porvenir que llenaban los días felices de los dos jóvenes. Pasarían con nosotros tres meses del año, y el resto del tiempo lo vivirían en San Petersburgo, en donde le ofrecían á Nadine un gran empleo en la administración. Hasta mi pobre mujer acababa por entregarse á la alegría y á la confianza de todos.

Pasó el final del invierno en continuas correspondencias. Los papeles del Conde tardaban mucho en venir, los parientes rehusaban todo consentimiento, y durante aquel tiempo, estrechábanse cada vez más los lazos, y tanto crecía la intimidad, que me decía yo con inquietud: "¡Y si no fuerán á llegar esos papeles!. . ." Por fin los recibimos: un paquete de jeroglíficos imposibles de descifrar; fes de nacimiento, de bautismo, de licencia absoluta.

Lo que nos divirtió fué una página cubierta de títulos, nombres y apellidos del futuro: Ivanovitch, Nicolavitch, Stephanovitch, toda una genealogía que alargaba el apellido de familia á cada generación.

—¿Pero, tiene usted tantos nombres?, decíale mi hija riéndose, ella que no se llamaba más que Magdalena Rivals. ¡Ah! ¡Muchos más tenía el pillo aquel!

Tratóse primero de celebrar el matrimonio en París, con gran pompa, en Santo Tomás de Aquino; pero reflexionó Nadine que no era conveniente irritar hasta tal punto la autoridad paterna, y la ceremonia tuvo sencillamente lugar en Etiolles, en esa humilde iglesia que ya conoces y que conserva en sus libros de actas la prueba de una irreparable mentira. ¡Qué hermoso día! ¡Qué contento estaba yo! Mira, hay que ser padre para comprender ciertas cosas. Mi orgullo al entrar en esa iglesia con mi hija, sintiéndola temblorosa á mi brazo, y la alegría de decirme: "Mi hija es feliz, y á mí me lo debe." ¡Oh! El golpe de alabarda bajo el pórtico, no se me borrará nunca del corazón. Luego, después de la misa, almuerzo en casa y salida de los niños en diligencia para su hermoso viaje de bodas. Aún los veo á ambos, estrechados uno contra otro en el fondo de aquel coche, arrastrados por la doble alegría del viaje y su felicidad, y envueltos á poco en una nube de polvo en la que se oían los cascabeles y el chasquido del látigo.

En esos casos, los que se van son muy felices, pero los que se quedan, se quedan muy tristes. Cuando por la noche nos sentamos á la mesa la madre y yo, aquel sitio vacío entre nosotros, nos dió á conocer cuán solos nos quedábamos. Y luego, sucedió aquello con demasiada rapidez, sin darnos tiempo para prepararnos á la separación. Nos mirábamos estupefactos. Yo, siquiera, tenía mis tareas, las visitas, los enfermos; pero la pobre madre veíase reducida á revolver su sentimiento en todos los rincones de la casa que le recordaban la ausente. Ese es el sino de las mujeres. Todos sus pesares, todas sus alegrías, nacen en el hogar; allí se concentran, se incrustan, de tal suerte, que los hallan en



el armario cuya ropa están colocando ó en el bordado que rematan.

Por fortuna, las cartas que recibíamos de Pisa, de Florencia, rebosaban amor y salud. Y también nos ocupábamos de los niños. Yo les estaba construyendo una casa junto á la nuestra. Escogíamos colgaduras, muebles, papeles.

Y cada día hablábamos de ellos. Están aquí.... están allí.... se alejan.... se aproximan." Por fin, esperábamos esas últimas cartas que los viajeros echan en el buzón con el ánimo de adelantarse á ellas.

Una noche que había yo vuelto muy tarde de mis visitas y que comía solo, aquí, pues ya estaba acostada mi mujer, oigo un paso precipitado en el jardín, en la escalera. La puerta se abre. Es mi hija. Na aquella hermosa joven que se había ido un mes antes, sino una pobrecita, adelgazada, pálida, cambiada, cubierta de un mal vestido, un saco de viaje en la mano, aspecto miserable, asustado y enloquecido.

—Soy yo.... Aquí estoy.

—¡Dios mío! ¿Qué te sucede? ¿Y Nadine?

Ella no contesta; cierra los ojos y se pone á temblar. ¿Figúrate cuál sería mi angustia!

—¡Por favor, hálbame, hija mía!.... ¿Dónde está tu marido?

—No lo tengo.... no lo tengo.... nunca lo tuve.

Y de repente, sentada junto á mí, allí donde está, me cuenta su terrible historia.

No era Conde, no se llamaba Nadine. Era un judío de origen ruso llamado Ioesch; miserable aventurero, caballero de industria, uno de esos hombres que han probado todos los oficios, por falta de paciencia para

seguir uno. Estaba casado en Riga, casado en San Petersburgo. Todos sus papeles eran falsos, fabricados por él. Sus recursos debíalos á su destreza en imitar los billetes del Banco ruso. En Turín le echaron mano, cumpliendo una orden de extradición. ¿Te figuras tú, mi pobre niña sola en aquella ciudad desconocida, violentamente separada de su marido, y enterándose de que era bigamo y falsario? Pues el miserable confesaba sus delitos. No se le ocurrió más que una cosa: refugiarse aquí á nuestro lado. Tenía tan mareada la cabeza, según ella misma nos lo contó más tarde, que en la estación no sabía decir más palabras que estas al empleado que le preguntaba á dónde quería ir: "Pues allá, á casa de mamá...." Huyó, dejando en la fonda sus vestidos, sus alhajas, cuanto le había dado aquel infame, é hizo el viaje de un tirón.

Por fin, ya estaba aquí, resguardada, en el nido, y lloraba por vez primera desde la catástrofe. Yo le decía:

—Cállate.... cállate.... vas á despertar á tu madre.

Pero yo lloraba aún más fuerte que ella. Al día siguiente, todo lo supo mi mujer. No me hizo el más pequeño reproche. "Bien sabía yo, me dijo, que ese matrimonio nos había de traer alguna desgracia." Tuvo ella presentimientos desde el primer día en que entró en nuestra casa aquel hombre.

¡Ah! Se habla mucho de nuestro diagnóstico de médicos; pero ¿qué es esto comparado con esos avisos, esas confidencias que el destino cuchichea al oído de ciertas mujeres?

Pronto se supo en el pueblo la llegada de mi hija.

—¿Y qué, señor Rivals, ya llegaron nuestros viajeros, eh?



Me pedían noticias, detalles, pero de sobra veían, por mi aspecto, que yo no era feliz. Notaban que el Conde estaba ausente, que Magdalena y su madre nunca salían y pronto me sentí rodeado de una simpatía compasiva que me molestaba más que todo lo restante.

Sin embargo, aún no conocía del todo mi desgracia. Mi hija no me había confiado su secreto: un niño iba á nacer de aquella unión mentirosa, ilegítima, deshonorosa... ¡Cuán triste era entonces nuestra casa!... Entre mi mujer y yo, desesperados y mudos, cosía Magdalena su ropita de recién nacido, adornando con cintas y encajes esos objetitos que son la alegría y el orgullo de las madres, y que no podía ella mirar sin vergüenza, por lo menos así lo creía yo: cualquiera alusión al miserable que la había engañado, le hacia palidecer y estremecerse, y el pensar que había pertenecido á "aquello," parecía molestarla como una mancha. Pero mi mujer, que veía más claro que yo, me decía á veces: "Te equivocas... estoy segura de que le quiere todavía." Sí, ella le quería, y por grandes que fuesen su desprecio y su odio el amor dominaba aún en su corazón. Lo que la mató seguramente fué el remordimiento de continuar queriendo á un ser indigno; pues murió pronto, algunos días después de habernos dado á nuestra Cecilita. No parecía sino que no esperaba otra cosa para marcharse. Hallamos bajo su almohada una carta doblada, gastada en los dobleces, la única que le escribió Nadiné antes de casarse, y cuyos renglones estaban borrados, calados de lágrimas. Debíó leerla muchas veces, pero tenía demasiado orgullo para confesarlo, y murió sin siquiera pronunciar una sola vez aquel nombre que siempre tenía ella en los labios.

¿Te extraña, verdad, hijo mío, que en una casita tranquila, en una aldea, haya podido ocurrir uno de esos dramas negros y complicados que solo parecen posibles en la confusión de las grandes ciudades como Londres ó París? Cuando el destino hiere así, por casualidad, un rinconcito tan bien oculto entre setos y plantas, me hace pensar en esas balas perdidas que matan, durante la batalla, á un labrador en el campo ó á un niño que vuelve de la escuela. Es la misma atrocidad.

Creo que si no nos hubiese quedado nuestra Cecilita, mi mujer habría muerto con su hija. Su vida, desde aquel día no fué más que un largo silencio, preñado de sentimientos y de reproches. Además, tú la viste. Pero era preciso educar esta niña, educarla en casa, dejándola ignorar la desgracia de su nacimiento. ¡Terrible tarea la que nos impusimos! Hay que decir que estábamos libres para siempre del padre, muerto algunos meses después de su condena. Mas por desgracia dos ó tres personas sabían la historia en el país. Tratábase de preservar á Cecilia de una indiscreción, y sobre todo de una de esas cándidas crueldades tan frecuentes en los niños, que dicen ellos con la boca sonriente y la mirada clara, inocentes delatores de cuanto oyen. Ya sabes cuán solitaria estaba la niña antes de conocerte. Merced á esa precaución, ignora todavía en qué terrible tempestad ha nacido. Lo único que le han dicho es que era huérfana, y para explicarle ese apellido de Rivals que lleva, que su madre se había casado en la familia.

Pero, mira, ¿no es una prueba de que hay mucha gente buena en este mundo, ese acuerdo tácito de todo un pueblo, generalmente tan charlatán y tan criticón? De cuantos conocían nuestra desgracia, ni uno solo ha he-



cho delante de Cecilia la menor alusión desagradable, ni siquiera pronunciado un nombre que hubiese podido darle sospechas sobre el drama que se ha desarrollado en torno de su cuna. Pero no por eso se tranquilizaba la pobre abuela; temía, sobre todo, las preguntas de la niña, y yo las temía tanto como ella; pero tenía preocupaciones más crueles y profundas. ¡Son tan terribles esos misterios de la herencia!

¡Quien sabe si la hija de mi hija no habrá traído con ella, al nacer, algún espantoso instinto, esa sucesión del vicio que, á falta de otra fortuna, legan á veces á sus hijos esos miserables. Sí; bien puedo decirte á ti eso, Jack; á ti, que conoces ese milagro de gracia y de pureza; temía á cada momento el ver aparecer al padre en esas facciones divinas, y hallar en esa cándida voz la herencia paterna, pervertida aún por todos los recursos que la coquetería suministra á la mujer. Mas ¡qué alegría también, qué orgullo el ver perfeccionarse en la niña una imagen exquisita, afinada, de su madre, algo así como uno de esos retratos que se hacen de memoria, añadiéndoles la gracia, la intensidad de un sentimiento! Ya conocía yo esa sonrisa cariñosa y burlona, esos ojos tiernos, pero altivos, más altivos aún que los de Magdalena; esa boca amable y severa que sabría decir "no;" y todas las virtudes de la abuela, su valor, su firme voluntad.

El porvenir sobre todo, me asustaba. No se casará, decía la abuela. ¿Era esto posible? ¿Y cuando faltáramos nosotros? ¡Qué tristeza y qué peligro, con semejante hermosura, el quedarse en la vida sin protector! Y, sin embargo, ¿cómo arreglarnos? No podíamos asociar á un caso excepcional sino un caso excepcional también. ¿Dón-

de hallarlo? No era ciertamente en un pueblo, en donde cada familia ostenta sus virtudes al aire libre, cual ropa tendida, en donde todos se conocen, se juzgan, se acechan. En París no conocíamos á nadie; y además, París es un abismo. Entonces fué cuando vino tu madre instalarse aquí. La creían casada con D'Argenton; pero cuando principié á verles, la mujer de Archambaud me avisó muy secretamente de lo que pasaba. Aquello fué para mí una revelación. Yo dije al verte: "Este es el marido de Cecilia." Desde aquel momento te consideré como nieto mío, y principié á educarte, á ilustrarte.

¡Oh! cuando después de la lección os veía en un rincón de la farmacia, tan felices, tan unidos; tú, más fuerte y más alto que ella; y ella más razonable ya que tú, sentía una emoción, una tierna piedad ante la amistad naciente que os atraía uno hacia otro. Y cuanto más te abría Cecilia su almita cándida, cuanto más se desarrollaba tu inteligencia, yendo, ávida de saber, á las hermosas y grandes cosas, más orgulloso y satisfecho estaba yo de mi idea. Todo lo tenía yo arreglado en mi magín. Ya os veía á los veinte años, venir diciéndome:

—Abuelo, nos amamos.

Y yo contestaba:

—¡Pues ya lo creo que tenéis que amaros; y amaros de veras, pobres réprobos que sois... pues en la vida cada uno de vosotros será todo para el compañero. Y he ahí por qué me has visto tan enfurecido cuando ese individuo quiso convertirme en obrero. Parecíame que me quitaban á mi hijo, al marido de mi Cecilia.

Desmoronábase todo mi plan maravilloso cayendo desde la altura de que á tí te arrojaban. ¡Cómo los he



maldecido á esos locos con sus teorías humanitarias! Sin embargo, conservaba aún una esperanza.

Yo me decía: "Las rudas pruebas de los comienzos, dan con frecuencia mejor temple á los hombres. Si Jack se sobrepone á su tristeza, si lee mucho, si conserva su cabeza en el ideal mientras se agitan sus brazos, quedará digno de la mujer que le destino." Las cartas que de ti recibíamos, tan tiernas, tan elevadas, mantenían en mí aquellos pensamientos. Las leíamos juntos, Cecilia y yo, y se hablaba de ti todos los días.

De repente, la noticia de ese robo. ¡Ay amigo mío! aquello me espantó. ¡Qué rabia le tenía á la debilidad de tu madre, á la tiranía de ese monstruo, quienes te habían perdido arrojándote en mal camino! Sin embargo, respeté la simpatía, la ternura que para ti había en el corazón de mi niña. No me atreví á desengañarla, esperando en ella edad más avanzada y más sólida razón para que sufriese mejor su primera decepción... Además, sabía yo muy bien, por el ejemplo de su madre, que hay terrenos tan activos, que cuanto en ellos se echa, toma raíz y toma fuerza con las resistencias.

Notaba yo que habías arraigado en ese corazoncito, y contaba con el tiempo, con el olvido para arrancarte de cuajo. ¡Pues no! nada sirve.

Bien lo he notado el día en que, después de haberte encontrado en casa del guarda, anunciéle á Cecilia tu visita para el día siguiente; ¡Si hubieses visto cómo brillaban sus ojos, y cómo trabajó durante todo el día! En ella, es esto signo infalible: las grandes emociones se traducen por mayor actividad, como si su corazón, latiendo con demasiada rapidez, necesitase ponerse al tanto del movimiento de su aguja ó de su pluma.

¡Y ahora, escúcheme, Jack! Tú quieres á mi nieta, ¿verdad? Pues se trata de ganarla, de conquistarla, sabiendo de la condición á la que te ha hecho descender la ceguedad de tu madre. Te he visto de cerca durante estos dos meses, y tanto la parte moral como la parte física marchan bien. He aquí, pues, lo que tienes que hacer: trabaja para ser médico: me reemplazarás en Etiolles. He querido, primero, conservarte á mi lado, pero he calculado que necesitas cuatro años, trabajando mucho para ser "oficial de sanidad", lo cual es suficiente en nuestras aldeas; pero durante ese tiempo, tu presencia desperataría en el país la triste novela que acabo de contarte. Y además, es cruel para un hombre honrado el no ganar su vida.

En París dividirás la tuya en dos partes: obrero durante el día y por la noche estudiarás, en tu cuarto, en la clínica, en todas esas conferencias que le dan á París ese sello especial de ciudad estudiosa y sabia. Todos los domingos te esperaremos. Yo revisaré tu trabajo de la semana, te guiaré, y el ver á Cecilia te dará fuerzas... No dudo que llegues, y pronto. Lo que vas á emprender Velveau y otros lo han hecho. ¿Quieres probar? Cecilia es la recompensa de ese esfuerzo.

Sentíase Jack tan conmovido, tan turbado; era tan tierno, tan extraordinario lo que acababa de oír, y tan hermosa era la perspectiva que le ofrecían, que no halló ni una palabra, y por toda contestación se echó en brazos de aquel excelente hombre.

Mas una duda, un temor, persistían aún en él. Quizás no sintiese Cecilia hacia él sino una amistad de hermana. Y luego, cuatro años, muy largo era eso. ¿Consentiría ella en esperarle hasta entonces?



—Eso, hijo mío, dijo alegremente el señor Rivals, eso es cosa puramente personal, y no puedo yo contestarte...; pero te autorizo á que tú mismo te informes. Está arriba. Acabo de oirla subir hace un rato. Anda á hablarle.

¡Hablaré! La verdad, muy difícil era eso. A ver si se puede decir una palabra cuando late el corazón hasta romperse y nos aprieta la garganta la emoción.

Cecilia estaba escribiendo en la "farmacia." Nunca le había parecido á Jack tan hermosa, tan imponente, ni siquiera el día en que la vió de nuevo, después de siete años de ausencia. Pero en él, ¡qué cambio desde aquel día! La belleza, reconquistada por los cuidados del doctor y la vida racional, ennoblecía sus facciones, quitando á sus gestos la timidez de su torpeza. Pero no por eso dejaba de estar muy humilde ante ella.

—Cecilia, le dijo, me voy á marchar.

Al oír esto, levantóse ella, muy pálida.

—Voy á emprender de nuevo mi dura existencia. Pero ahora mi vida tiene un fin. Su abuelo me ha permitido le diga á usted que la amo y que voy á trabajar para conquistarla.

Tanto temblaba y tan bajito hablaba, que otro que no hubiera sido Cecilia, no hubiera podido distinguir lo que decía.

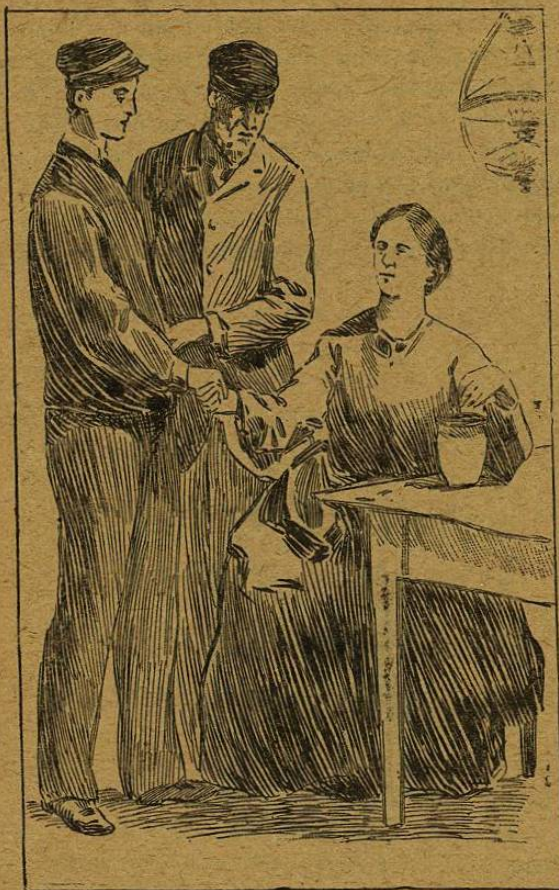
Pero ella le entendía perfectamente; y mientras que por todos los rincones de la espaciosa sala agitábase en los rayos del sol poniente todo el pasado, escuchaba la joven aquella declaración de amor cual eco de todos los pensamientos, de todos sus ensueños desde hacia diez años. Y era ella una niña tan singular, que en lugar de sonrojarse y ocultar su rostro, como hacen en semejante

caso las jóvenes de buena familia, permanecía en pie, con una hermosa sonrisa reflejada en sus ojos llenos de lágrimas. De sobra sabía ella que el amor lucharía con grandes pruebas, con largos años de espera, con todos los tormentos de la separación; pero hacíase fuerte para darle más valor á Jack. Y cuando hubo éste acabado de explicarle sus proyectos.

—Jack, contestó ella dándole su manecita fiel; le esperaré á usted cuatro años; le esperaré siempre, amigo mío.







—Puede usted contar conmigo, señora Weber.



IV

El Compañero.

—Oye tú, “Chirlo:”  
¿no sabrías acaso de algún puesto vacante en cualquier taller de construcción?... Este muchacho ha estado de fogonero en los paquebots y quisiera encontrar trabajo.

Aquel í quien llamaban “el Chirlo,” gran mocetón de chaqueta y gorra, y surcada la cara de una larga cicatriz, ocasionada por un accidente del oficio, acercóse al mostrador, pues casi siempre en una taberna del suburbio es donde han tenido lugar esas escenas de enganche, y después de mirar de arriba abajo al compañero que